

Espíritu mediterráneo y creación literaria

Un tema como el que nos hemos propuesto —«Espíritu mediterráneo y creación literaria»— no puede abordarse sin que, ya de entrada, nos preguntemos por el significado profundo de estas dos expresiones: «espíritu mediterráneo», «creación literaria». ¿Hay un espíritu común —un espíritu ejemplar— a todas y a cada una de las culturas que florecieron a orillas del mar Mediterráneo? ¿Es que lo grecolatino tiene algo que ver con otras culturas tan determinantes en la historia de las religiones y del pensamiento como la árabe o la judía? ¿El misterioso mundo egipcio —tan abocado a todo lo que está «más allá»— puede tener algo que ver con la cultura ibérica? La realidad de las islas de este mar —islas tan dispares y, a la vez, tan en sintonía— ¿tiene alguna relación con esa otra realidad que se vive en el interior de unas tierras que no tienen mar, pero que obviamente también son mediterráneas: con Micenas, con Florencia, con Tebas, con Granada? Esas grandes y ejemplares culturas diversas, ¿cómo pueden tener un *espíritu* común?

Y, sin embargo, más allá de toda duda, sabemos que existió (y que existe) ese espíritu genuinamente mediterráneo, común, esas culturas diversas (que, a veces, se enfrentarán de manera brutal), esa interrelación que siempre se mantuvo entre ellas, el trasvase de ideas, de pasiones y de —en no pocos casos— la fusión de las mismas. Hay, pues, una relación muy estrecha entre los pueblos de este mar por razones de comunicación, de intercambio y, a la vez —creo yo— por una poderosísima razón geográfica: por la presencia —en medio de toda esa gama de pueblos— del mar. Un mar que, por cierto, más parece un inmenso lago.

Las culturas y las ideas y los hombres son diversos, como afirmó Espriu, pero ellas y ellos han crecido y se han asomado a una misma realidad: la de ese mar casi cerrado, limitado, en el que por igual se extravían

los ojos; ese mar con el que hay que luchar, pero que a la vez permitía, ya desde la Antigüedad, tres rutas ordenadas y sistemáticas, según las estaciones del año: dos costeras y una entre islas. Ese mar que, allá al fondo —tras las columnas de Hércules— se abría al final de la tierra, a civilizaciones perdidas o quién sabe a qué abismos de los que las osadas expediciones no siempre regresaban.

Así sucede, por ejemplo, al final del canto XXVI del *Inferno* dantesco, donde se expone una situación que, en sintonía con la aspiración odiseica, yo procuré apresar en el canto VIII de mi libro *Noche más allá de la noche*. En ese poema, Dante recupera a un Ulises ávido de saber, que desea ir todavía más allá de las columnas con las que Hércules había fijado límites a los seres humanos. El relato dantesco es significativo, porque Ulises representa al ser humano que sabe que ha nacido para algo más que para vida animal (*viver come bruti*), ávido de virtudes y de ciencia (*virtute e conoscenza*) y al que incluso no le detiene el mismísimo amor de su discreta Penélope.

Ulises pagará ese exceso de saber que le está vedado a los humanos que desean ir más allá. También por eso lo encontramos en el Infierno entre los mayores pecadores. Algo parecido sucede en el viaje de los argonautas, donde se nos recuerda esa misma sensación de un tipo de viaje lleno de riesgo y de infinitud: «Ellos no sabían —escribe Apolonio— si viajaban por el Hades o sobre las aguas, y confiaron al mar su regreso, sin saber dónde les llevaba». A pesar de que los expedicionarios llevan con ellos al chamánico Orfeo, tampoco el jefe de la expedición, Jasón, se libra de un catastrófico final. La historia, además de Apolonio, la cuenta Eurípides en su *Medea*. Así que el Mediterráneo era también entonces tierra de límites, representaba simbólicamente en uno de sus extremos la realidad que está más allá de la realidad, la realidad inaprehensible.

Pero sin tener que ir tan lejos, los habitantes de la Antigüedad ya sabían que la extensión de su mar era *otra realidad*, es decir, una realidad que se hallaba en los límites de la vida y que, en cierta medida, está más allá de esa otra realidad —segura o difícil— que representan las naciones y los pueblos de cada cual. El mar es una realidad que ofrece el riesgo, el misterio y también la libertad. ¿Quién todavía hoy —frente a la extensión marina— no se siente libre, no libera a su pensamiento de las obsesiones y a su corazón de las fobias y recupera su libertad? No es raro, por ello, que —más allá de ideas, pasiones y guerras— este mar haya recibido desde la Antigüedad el calificativo de *nostrum*. Más allá de las diferencias, la mirada del campesino, del pastor, del marino, del comerciante, se encontraba con una realidad común; una realidad hecha de cosas abstractas y sutiles: de cabrilleos, de lunas, de aguas, de elementos de la naturaleza, de

labores y ciclos estacionales, de astros nocturnos y, sobre todo, de luz. La luz, que será quizás el más elevado símbolo de este mar. De los signos y símbolos de la cultura mediterránea —tan importante para conocerla y valorarla— hablaremos enseguida.

Ahora, lo importante es subrayar que sí existe un *espíritu común* mediterráneo y que —aquí radica el riesgo y la grandeza de esta idea— es a través de ese espíritu común, como los pueblos mediterráneos ofrecen sus mejores ejemplos; ese espíritu común que, más allá de las ideas y de los nombres concretos, de las fechas y de los acontecimientos de carácter histórico, habla un lenguaje *universal*. Aquí radica, a mi entender, lo mejor de lo que entendemos por espíritu mediterráneo: una manera de ser y de sentir universalizada. (¡Y qué poco tiene que ver esta manera liberal de ser y de sentir con los rebrotes de localismos, nacionalismos e integrismos que ahora mismo —a las puertas del siglo XXI— se están dando en estas orillas!).

Al pensar así, reparamos en todo lo que de más grande hay en el ser humano: su razón (o sentido común), la manera sencilla y natural de vivir, el humanismo en el trato, el sentido de libertad. Valorados enseguida estos cuatro dones —razón, vida natural, humanismo y libertad— reparamos en que son valores que en nuestros días están en peligro y que, en consecuencia, bien podemos decir que preservarlos es velar por el futuro de la humanidad. Debemos reparar en que caminamos hacia un mundo masificado, mecanicista, agresor con la naturaleza y lleno de tensiones bélicas, significa que el ser humano ha perdido esos valores que fueron paradigmáticos en el ámbito mediterráneo.

Dicho esto, no cabe duda de que la salvación de la Humanidad va estrechamente unida a la salvación de la cultura mediterránea, de su mar y, en definitiva, de su *espíritu*. No es raro por ello que, ya desde hace algunas décadas, pensadores y estrategas, poetas y políticos, hayan reparado en esa *tercera vía* para solucionar los problemas que es la *vía mediterránea*. Esta tercera vía se declara, de manera muy neta, en un texto de Miguel Ángel Moratinos, Director General de Oriente Medio, que llega a mis manos cuando estas páginas mías acababan de ser redactadas. En ese texto se proporcionan, de manera muy sintética, las claves físicas y filosóficas, espirituales y humanas, culturales e históricas, sociales, económicas y políticas del «ser mediterráneo». Este «ser» que tiene sus raíces en un entramado de constantes muy concretas, como son: la naturaleza y la obsesión por el origen de las cosas, las tres religiones monoteístas y el equilibrio familiar y hospitalario, la cultura común y la tolerancia, la protección del medio y el afán de diálogo concorde.

Es decir, frente a una radical y desgarradora división entre una cultura del norte y una cultura del sur, entre una cultura fundamentalmente

anglosajona y una cultura tercermundista, una cultura de los ricos y una cultura de los pobres, una cultura de orientación materialista y una cultura todavía sometida al primitivismo (y a la verdad) de lo misterioso y de lo ritual, la realidad mediterránea nos ofrece esa tercera vía que debiera proporcionar entendimiento y flexibilidad, que tiende a aproximar culturas y religiones, que unifica las ideas para fertilizarlas, que elimina injusticias e imposiciones, que trasvasa, dialoga y armoniza.

No es raro que, bajo este punto de vista, la sociedad vea en el progresivo incremento de la xenofobia, del racismo y de los imparable movimientos de emigración (y, sobre todo, en los desequilibrios económicos) males que pueden alterar gravemente la convivencia en nuestro tiempo. Estos enervados y complejos comportamientos y el deterioro de la naturaleza, son los dos grandes males que, sin duda, van a afectar a este final de siglo y que nos hacen adivinar un comienzo del próximo lleno de peligros. Hablando del deterioro de la naturaleza, no debemos olvidar que en él juega un papel primordial la degradación del mar Mediterráneo, vertedero de algunas de las zonas industriales más industrializadas.

Pero frente a la escisión norte-sur, frente a un Mediterráneo que sólo sea una tensa frontera de opuestos, preferimos verlo como un mosaico que acoge razas, lenguas, naciones, ideas y sentimientos. Todo vale, pero siempre que se respete la realidad común que ofrece esa otra «nación» —sin tierra, por cierto, sin ideas y sin pasiones— que es el mar. Todo vale y es posible siempre que seamos fieles a esa realidad, traspasada por lo intemporal, que es el espacio marino y sus costas; una realidad —ya lo hemos dicho— que exige sencillez y naturalidad en la vida y un claro grado de libertad; don o aspiración este último que el tópico define como un modo de sentir y de pensar (de *ser*), que termina donde comienza la libertad de los demás.

La libertad es, creo yo, al mismo tiempo que algo teñido de respeto y de aceptación, algo que se recibe —otro don—, un reflejo de lo que está más allá —de lo misterioso— y que luego el hombre proyecta en sus obras de creación. La libertad proporciona, pues, al hombre mediterráneo un quinto don que también es clave en las culturas mediterráneas: el don de vivir para lo trascendente. El hombre de este mar vivirá en armonía o en lucha con su mar, pero a la vez sabrá que hay otra realidad sin rostro que no cesamos de ansiar y hacia la que no cesa de fluir la vida humana. La muerte será el límite y el umbral de esa aspiración. La muerte o esa idea de la muerte, vista como segunda realidad, que está presente en la tragedia, en la mística, en el pensamiento trascendental.

Acabo de hablar de que el hombre mediterráneo necesita proyectar y comunicar la libertad, la luz del propio conocimiento que se le revela. Llegamos así al segundo de los conceptos de mi exposición: *creación literaria*.